

**CONEJO
BLANCO**
ROJO
LOBO



*un sello de
V&R Editoras*

- **Dirección editorial:** Marcela Luza
- **Edición:** Melisa Corbetta con Stefany Pereyra Bravo
- **Coordinación de diseño:** Marianela Acuña
- **Ilustraciones:** © 2018 Peter Strain
- **Diseño de interior:** Julián Balangero

© 2018 Tom Pollock

© 2019 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:

San Martín 969 piso 10 (C1004AAS)
Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444
y rotativas
e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO:

Dakota 274, Colonia Nápoles, CP 03810,
Del. Benito Juárez, Ciudad de México
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621
01800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-987-747-531-9

Impreso en Argentina por Buenos Aires Print • Printed in Argentina

Mayo de 2019

Pollock, Tom

Conejo blanco, lobo rojo / Tom Pollock. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2019.

376 p.; 21 x 15 cm.

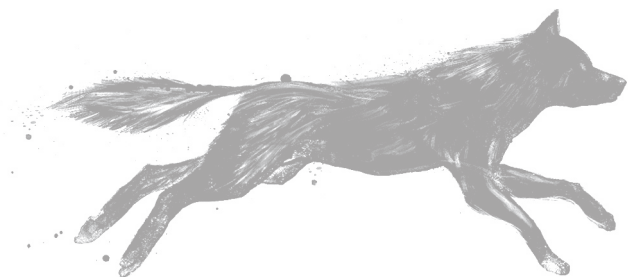
Traducción de: Vanesa Fusco.

ISBN 978-987-747-531-9

1. Narrativa Juvenil Inglesa. 2. Novelas de Suspense. I. Fusco, Vanesa, trad. II. Título.

CDD 823.9283

TOM POLLOCK



CONEJO BLANCO

ROJO
LO30



TRADUCCIÓN: VANESA FUSCO

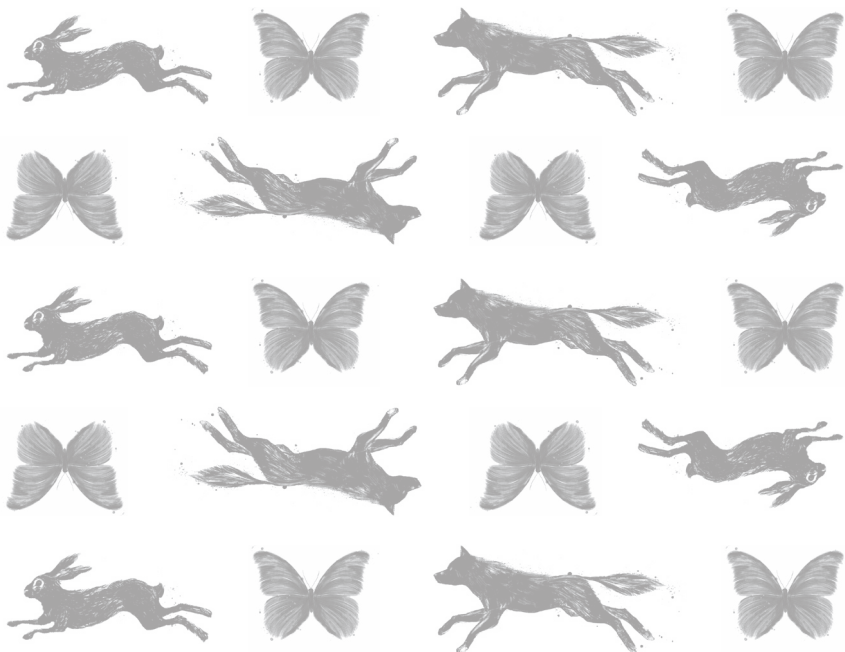


Para Jasper.

Bienvenido al mundo.

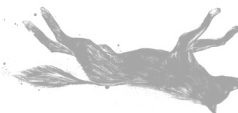
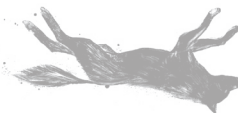
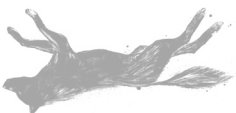


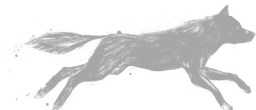
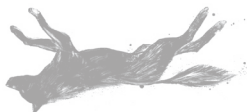
ESTA HISTORIA ES MENTIRA





1

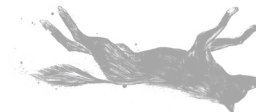
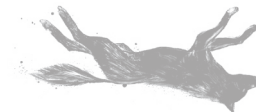




ENCRYPTAR



IJCOBLSEO



01010011 01101111 01101101 01100101
01110100 01101001 01101101 01100101
01110011 00101100 00100000 01100011
01101111 01110101 01110010 01100001
01100111 01100101 00100000 01101001
01110011 00100000 01101010 01110101
01110011 01110100 00100000 01101011
01101110 01101111 01110111 01101001
01101110 01100111 00100000 01110111
01101000 01100001 01110100 00100000
01111001 01101111 01110101 00100111
10000000 10011001 01110010 01100101
00100000 01101101 01101111 01110010
01100101 00100000 01100001 01100110
01110010 01100001 01101001 01100100
00100000 01101111 01100110 00101110



Mamá me encuentra en la despensa. Estoy agachado en el rincón, y me estremezco cuando la luz entra repentinamente por la puerta. Tengo la boca llena de sangre y trozos de porcelana.

Quiero escupir, pero entonces ella va a ver el desastre que quedaron hechas mis encías por los fragmentos del salero. Aún tengo puntas clavadas debajo de la lengua y otras que me apuñalan el paladar, pero no trago por miedo a que se me queden en la garganta. La sal arde con toda su furia en los cortes que me hice en la lengua. Intento sonreírle a mamá moviendo la menor cantidad posible de músculos de la cara. Una gota de saliva se filtra entre mis labios y al caer deja un hilo rojo que llega hasta el mentón.

Mamá exhala una vez, preparándose, y atraviesa el vano de la puerta a toda prisa. Me pone unas toallas de papel sobre la boca.

—Escupe —me ordena. Lo hago. Miramos el papel que tiene en la palma de la mano. Parece un pequeño campo de batalla, con sangre y trocitos de cerámica, como si yo hubiera retenido los restos de la pelea que acababa de ocurrir en mi mente.

Ella toca el desastre con un dedo.

—¿Qué pasó con contar? —pregunta. Me encojo de hombros. Ella chasquea la lengua en señal de desaprobación y suspira—. Abre.

Yo dudo, después inclino la cabeza hacia atrás y abro la boca.

—Aaaah. ¿Nededito id al dendizda?

Se ríe, y yo me relajo un poco ante ese sonido. Sus manos, cálidas y seguras, me mueven la mandíbula para que le dé la luz. Su risa se desvanece.

—Ay, Petey —murmura—, mira lo que te hiciste.

—¿Ezdá veo?

—He visto cosas peores. No vas a tener que ir al hospital, pero...

Mete la mano en el bolsillo de su bata, toma un par de delgados guantes quirúrgicos y se los pone.

Guantes quirúrgicos, pienso en medio del mareo, en su bata, a las cuatro de la mañana. Guau, sí que soy predecible.

—¿Listo? —lleva su mano a mi boca.

Le aprieto la mano.

—Tres, dos, uno, empezamos.

Con una serie de dolorosos tirones, ella quita los restos de porcelana que quedaron en mis encías y los deja caer sobre el suelo de la despensa, tintineantes. Mi mano derecha está aferrada a la base del salero. La parte de arriba, rota, se alza por encima de mis dedos en forma de puntas almenadas de color blanco, un reflejo de los dientes que la destrozaron. Aún puedo sentir cómo se rompió, al pánico como un trinquete sobre mi mandíbula, haciéndome apretar la porcelana cada vez más, hasta que supe que había llegado demasiado lejos y las esquirlas explotaron en mi boca.

Cuando mamá termina, se quita los guantes, los enrolla y los deja en uno de los estantes vacíos. Toma un bolígrafo pequeño y una libreta negra del otro bolsillo de su bata. Miro los artículos con resentimiento, a pesar de que sé que así es ella: científica.

—Bueno —me dice—. Cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente?



Me lanza la Mirada Nro. 4. Si tienen padres, entonces conocerán la Nro. 4. Es esa que dice: *En este momento, cariño mío, la mierda en la que te metiste solo te llega al tobillo. Pero si me provocas un poco más, vas a necesitar un equipo de buceo.*

–Todo estará dentro de tu cabeza, Peter William Blankman, pero yo lo voy a sacar a la superficie –afirma mientras se deshace del bolígrafo y toma un abrelatas de un estante–. Incluso si tengo que quitarlo con esto.

Yo lanzo un resoplido, y la sombra del ataque se aleja un poco más.

–Tuve un ataque –admito.

–Lo imaginé. Habíamos quedado en que te pondrías a contar para poder superarlo.

–Lo intenté.

–¿Y?

Miro el desastre que tengo en la mano.

–No tuve éxito.

Otra mirada, más prolongada y severa, casi una Nro. 5 (*Tenemos formas de hacerlo hablar, Herr Blankman*). Pero ella tan solo pregunta:

–¿Cómo no tuviste éxito?

Exploro con la lengua los puntos que tengo en carne viva debajo de los labios y hago una mueca de dolor.

–Se me acabaron los números.

La Mirada Nro. 5 da paso a una incredulidad absoluta.

–A *ti* se te acabaron los números.

–Sí.

–Peter, eres uno de los mejores matemáticos de tu edad en Londres, quizás del país.

–No sé si del *país* –sí lo sé. Si piensan que no reviso los rankings, están locos–. Pero...

–Precisamente tú deberías saber que no se te pueden acabar los números. Suma siempre uno y ¡listo! Aparece otro. Como si fuera magia.



—Lo sé, pero...

—Solo que no es magia. Son matemáticas —dice con acidez y se cruza de brazos—. Peter, si lograste agotar la fuente ilimitada de enteros positivos, imagina lo que estás haciendo con mi paciencia.

Silencio. Miro rápidamente la puerta de la despensa y considero la posibilidad de salir corriendo.

—Petey —ya no hay nada de humor en su voz. Las sombras debajo de sus ojos son profundas y, de pronto, soy plenamente consciente de lo importante que va a ser para ella el día de hoy, y de que cada segundo que pasemos aquí resta tiempo a su descanso.

—¿Por qué te estás comiendo la vajilla? Cuéntame.

Inflo las mejillas.

—Bueno...

X — + — O X X

Fue un error táctico, en realidad, una metedura de pata. Vi venir el ataque a un kilómetro de distancia; tendría que haberme preparado mejor.

Eran las tres y veintinueve de la madrugada y yo seguía despierto. Sentía que mis ojos eran piedras incrustadas en el cráneo, y parecía que el techo se doblaba y combaba ante ellos como si fuera un mar pintado de color crema.

Mañana es un día importante, pensé. Un día importante que empezaría dentro de tres horas y treinta y un minutos, así que habría sido una idea espectacular cerrar los ojos y dormir un poco. Pero no podía, porque sabía que tenía que levantarme dentro de tres horas y treinta y un minutos... y eso me estaba volviendo loco.

Mañana es un día importante, Petey. Realmente importante, y muy, muy público. Un movimiento en falso y quedará arruinado, no solo para ti sino para toda la familia. Así que, en serio, deberías dormir un poco.



Me quedé mirando el techo. Me quedé mirando el reloj. Tres horas y veintinueve minutos. Las condiciones eran perfectas.

Peter, habla el centro de control. Estamos en alerta máxima. Se encendieron todas las luces verdes. Ya estás listo, repito, listo para tener un ataque de gritos.

Empezó como siempre: con un dolor vacío en el estómago que solía confundir con hambre, pero que era imposible de saciar con comida.

Tres horas y quince minutos. Tres horas, catorce minutos y cincuenta y tres segundos, cincuenta y dos segundos, cincuenta y un... Quedaban once mil seiscientos noventa segundos. No iba a estar listo.

¿Sientes eso? Tienes ganas de vomitar. Si cierras los ojos podrás sentir a las náuseas extendiéndose por tu estómago, y esto va a ir de mal en peor. Vas a ser un zombi, y tienes que estar en tu mejor estado. Porque si te desvías un milímetro, te va a dar un ataque allí mismo. No va a pasar aquí en casa, donde mamá y Bella pueden disimularlo, sino allí afuera, en el mundo, donde la gente puede verlo, gente con teléfonos que puede filmarlo. Y después van a subirlo a YouTube, va a estar tu sangre en las aguas digitales. Va a quedar a la deriva, diseminándose por todas partes, la mancha de tu sangre. Y todos lo van a ver y juzgar y saber.

X — + — O X X

Dudo un momento. El bolígrafo de mamá está suspendido sobre su libreta.

—¿Los síntomas físicos de siempre? —indaga ella.

—Presión en el pecho —confirmo, contando los síntomas con los dedos—. Pulso acelerado. Mareos.

—¿Las manos?

—Húmedas como el suspensorio de Lance Armstrong.

Vuelve la Mirada Nro. 4.

—No creo que ese comentario fuera necesario, Peter.



—Perdón —cierro los ojos mientras recuerdo—. Bueno, intenté con las tres líneas de defensa, como lo habíamos hablado...

UNO: *Empieza a moverte.*

Me levanté como pude de la cama y corrí hacia la escalera. El movimiento hace bien: la sangre fluye por las venas, por los músculos. Obliga a respirar cuando eso se hace difícil.

DOS: *Empieza a hablar.*

Yo era una olla a presión y mi boca era la válvula de escape. Con los dientes apretados, dejé que saliera al mundo la caótica sarta de incoherencias que tenía dando vueltas en la cabeza. A veces, alcanza con oír las estupideces que pienso para convencerme de que no son verdad.

—Vas a colapsar en público, el colapso más grande y épico de la historia. Se va a hacer viral. No, viral es poco. Va a ser como una pandemia. Van a aparecer videos de chicos que reaccionan al ver a otros chicos reaccionar a tu video y van a tener cientos de millones de vistas. Va a ser tan desastroso que por ti van a cambiar el léxico. Va a desaparecer “desastre” del diccionario y lo van a reemplazar con “Petey”. Van a decir cosas como “qué Petey”. La próxima vez que una planta de energía nuclear de construcción barata sea arrasada por un maremoto, las barras de circonio se quiebren y la radiación gamma salga al exterior e infeste la ciudad que la rodea con una peste cancerígena, el *Petey* nuclear va a salir en la primera plana de todos los sitios de noticias de Internet.

Bueno, eso sonó tan ridículo que empecé a calmarme un poco.

»Te vas a cagar encima, literalmente, delante de todos.

Me tropecé con el último escalón. *Eso*, por el contrario, sonaba terriblemente posible.

Corrí a la cocina, me subí a la esquina de la mesada como el bailarín de ballet más torpe del mundo y busqué frenéticamente con la mirada algo



con que calmarme. Pero lo único que veía eran estantes abiertos llenos de cajas de cereales y pastas, alacenas enchapadas en pino, el gran refrigerador plateado y mi reflejo borroneado y monstruoso. Los números verdes del reloj del horno ardían, 03:59.

Diez mil ochocientos un segundos.

TRES: *Empieza a contar.*

Distráete. Separa el ataque en piezas que puedas contar, trocitos de madera temporales que te ayuden a flotar. Concéntrate en mantener la cabeza por encima del agua hasta llegar al siguiente.

–Uno –dije–. Dos –pero mi voz real sonaba débil y metálica en comparación con la cuenta regresiva que persistía en mi mente.

Diez mil setecientos noventa segundos...

»Tres... cuatro... –logré decir, pero no funcionaba. Una parte de mi cerebro se había apoderado del conteo mientras mi pánico avanzaba, libre de obstáculos y distracciones. Necesitaba otra cosa, algo más difícil que quitara mi atención del ardor y el revoltijo que sentía en la parte baja del abdomen.

x — + — o x x

–Y ahí –le cuento a mamá–, es donde lo arruiné.

–¿Eh?

–En vez de contar números enteros, empecé a contar sus raíces cuadradas.

Ella se queda mirándome.

–¿Cuántos decimales? –me pregunta finalmente.

–Seis.

Mamá no se molesta en reprimir una mueca.

x — + — o x x



–2,828427; 3; 3,162278; 3,316... –me trabé, las sílabas eran como canicas dentro de mi boca, sentía el sudor pegajoso en las manos y entre los hombros. Volví a intentarlo–: 3,316...

Pero no había caso: se me habían acabado los números.

Miré a mi alrededor con desesperación, a ver si encontraba algo más, *lo que fuera*, para llenar el remolino estruendoso que tenía dentro. Me picaban los ojos y el corazón se tambaleaba detrás de mis costillas como si estuviera borracho. Solo iluminada por la luz tenue que venía de la calle, la cocina parecía *encogerse*, las paredes iban cerrándose. Por un segundo, creí escuchar el crujido de las vigas.

A veces, cuando es muy malo, veo y oigo cosas que no suceden de verdad. *Mierda*. ¿Cómo se me fue tanto de las manos? Tragué saliva con fuerza y me preparé para iniciar el último paso de mi técnica de preservación de la cordura, mi “en caso de emergencia rompa el cristal”.

X — + — O X X

CUATRO: *Empieza a comer.*

Me abalancé sobre el refrigerador y tomé un recipiente con el curry de anoche. La mezcla pegajosa de color café se sentía congelada cuando enterré los dedos y empecé a engullirla. Masticaba con frenesí: un último intento de resistencia en vano. Sabía que no lograría llenar con comida el vacío que tenía dentro, pero tenía la esperanza de que el mero peso de la comida empujara el pánico que emergía de mi estómago y lo obligara a bajar.

X — + — O X X

–Y todo empeoró a partir de ahí –mamá frunce el ceño y escribe. Solo ha anotado alguna que otra cosa, apuntando los detalles que podrían ser significativos para estudiarlos más tarde.



–Bueno –dice ella–. Se te acabaron los números y comiste. No es lo ideal, pero en el momento uno hace lo que puede. Sin embargo, no creo que esa –señala con un gesto de la cabeza la mitad del salero que tengo en la mano–, sea una buena opción de comida.

Mirándome a los ojos, toma el salero de mi puño cerrado y lo reemplaza con su mano. Sus dedos presionan los míos.

x — + — o x x

Mamá abre la puerta de la despensa y me saca de mi escondite.

Parece como si en la cocina se hubieran enfrentado un montón de fanáticos de fútbol. Las alacenas están abiertas, las gavetas quedaron arrancadas de sus guías y volcadas en el suelo. Hay cartones y envases manchados con pepinillos, bolsas, cáscaras y trozos de pastas secas desparramados por todas partes. La harina esparcida luce como si hubiera caído una de esas ligeras nevadas inglesas.

–Se me acabaron los números –murmuro, traumatizado. Ni siquiera recuerdo haber hecho esto–. Y después... –la vergüenza, que ha estado trepándome como una llama trepa al papel, finalmente se apodera de mí–, se me acabó la comida.

Mamá hace un chasquido con la lengua. Cierra la libreta, la mete en el bolsillo, se agacha en medio de los escombros y empieza a ordenar su casa.

–Mamá –digo en voz baja–, déjame a mí.

–Vuelve a la cama, Peter.

–Mamá.

–Tienes que volver a la cama.

–¿Y tú no? –casi lucho con ella para quitarle una gaveta de las manos–. Tú eres la que va a recibir un premio dentro de siete horas. Tienes que dar un *discurso* –no se me ocurre nada más aterrador que dar un discurso en público. Y eso que paso *mucho* tiempo pensando en cosas aterradoras.



Ella duda.

—Por favor, mamá. Déjame hacerlo. Creo que me ayudará.

Ve que hablo en serio. Me besa la frente y se levanta.

—Está bien, Peter. Te amo, ¿sí?

—Sí, mamá.

—Vamos a encontrar la solución. Vamos a vencerlo.

Yo no respondo.

—¿Peter? Lo *vamos* a lograr. Juntos.

—Sí, lo sé, mamá —miento.

Ella camina cuidadosamente entre los vidrios rotos y las manchas de jugo. Antes de irse, se agacha a recoger una imagen que se cayó, le quita la suciedad y vuelve a ponerla en el refrigerador. Es una fotografía en blanco y negro de Franklin D. Roosevelt con la leyenda “Lo único a lo que debemos tener miedo es al miedo en sí”. Mamá piensa que esa cita es inspiradora. Yo, no tanto. Solo dieciocho días después de que esas palabras salieron de su boca, los nazis cortaron la cinta inaugural del primer campo de concentración, en Dachau.

Eh, ¿señor presidente? Aquí hay unos judíos alemanes que querrían hablar con usted sobre su teoría.

Vuelvo a meter las gavetas en su lugar, volteo la imagen del trigésimo segundo presidente de los Estados Unidos y tomo una escoba.

“Me quedé sin comida”. Era verdad, dentro de todo, y mamá la aceptó. No le conté que, mientras me metía bocado tras bocado de curry en la boca, estaba tratando de no mirar los cuchillos, las tijeras y las esquinas afiladas de la mesada. Que cuando mordí el salero, no sentí que terminaba algo malo, sino que comenzaba algo peor.

Por momentos tengo que salir corriendo al baño a vomitar. Mi estómago podrá aguantar hasta cuatro litros de comida, pero no *eternamente*. (Por cierto, ¿qué me dicen del ácido estomacal en una boca lacerada? Da en el punto exacto del diagrama de Venn donde se cruzan *auch* y *ay*). Siento



como si me hubieran dado vuelta de adentro hacia fuera y estuviera usando las paredes de mi estómago como un suéter empapado.

Mientras limpio la leche derramada de los estantes del refrigerador, oigo un pequeño *clic clic clic*. Viene del auricular del teléfono que está apoyado sobre la mesada. No quedó bien colgado. Mamá habrá estado usándolo, es el único ser humano que conozco que aún usa teléfonos de línea. ¿Con quién habrá estado hablando a las 4:29 de la mañana?

Se oye el ruido de una lata que fue pateada sobre los cerámicos. Me sobresalto, pero me relajo tras volver la mirada. Es Bel.

No somos idénticos, obviamente, pero las semejanzas saltan a la vista: la misma piel con pecas en verano y en invierno, los mismos ojos café oscuro, la nariz respingada y la quijada marcada de mamá, y... bueno, seguramente habremos heredado algo de papá. Hay otras diferencias además de las obvias: ella se ha teñido el cabello de rojo; se le marcan más los hoyuelos en las mejillas cuando sonríe; ah, y yo soy el único que tiene una marca de cuatro por dos centímetros arriba de mi ojo izquierdo. Como si un alfarero descuidado me hubiera dejado un dedo marcado al meterme en el horno. Una falla original.

Solo que no es original, en absoluto.

Mi hermana entra en la cocina pisando fuerte y rascándose la cabeza, adormilada. Observa la devastación, se encoge de hombros como si no fuera gran cosa y se arrodilla en el suelo. Me apresuro a ayudarla y trabajamos juntos, arreglamos y ordenamos, reconstruimos y corregimos.

No le pido que se detenga. No me siento culpable. Nunca me siento así con ella. Somos un buen equipo.

No cerré bien el grifo. Sobre el fregadero, las gotas suenan como si un pájaro golpease una ventana.





RECURSIÓN: HACE 6 AÑOS

El agua de lluvia escurría por el dobladillo de los pantalones de mi uniforme escolar y oscilaba antes de caer al suelo. Con la mirada hacia abajo, escuché el *clic clic clic* de los tacones golpear contra el linóleo a medida que se acercaban por el pasillo. Gritos y risas provenían del patio de juegos.

Bel estaba sentada enfrente de mí, debajo de un tablero con anuncios escolares. Plegaba un boleto de tren una y otra vez, hasta que tuvo que apretarlo con fuerza para que no se abriera. Alzó la vista y guiñó un ojo.

—No te preocupes, hermanito. No va a pasarnos nada.

—¿Hermanito? —espeté—. Eres *ocho minutos* mayor que yo.

Ella me dedicó una amplia sonrisa, con absoluta calma.

—Y siempre lo seré.

Después de doce pasos, los tacones se detuvieron. Mamá estaba parada entre nosotros, con los brazos cruzados y una clásica Mirada Nro. 7: *Más vale que esto sea bueno porque estaba logrando avances para la ciencia.*

En cuanto mamá abrió la boca para hablarnos, se abrió la puerta que estaba junto a la silla de Bel y apareció la señora Fenchurch, nuestra nueva —y probable

ex al final del día— directora. Bel se puso de pie con actitud respetuosa y dio un paso hacia la puerta, pero Fenchurch la espantó como a una avispa.

—No, Anabel. Quiero hablar con tu madre en privado —la directora giró hacia mamá y extendió una mano—. Señora Blankman.

Mamá la estrechó y siguió a la señora Fenchurch al interior de la oficina. Bel y yo nos miramos, incrédulos. No solo mamá había dejado que esta persona extraña la tocara, sino que no la había corregido para que la llamara *doctora* Blankman. Esto era grave de verdad.

—Señora Blankman —dijo la señora Fenchurch—. Gracias por venir. Como le conté por teléfono, me temo que no nos queda otra alternativa más que... —el resto se perdió cuando ella cerró la puerta. El estómago se me subió a la garganta. ¿Otra alternativa más que qué? ¿Suspendernos? ¿Expulsarnos? ¿Volver al castigo corporal?

Me quedé mirando la puerta, desesperado por saber. Bel me miraba con una curiosa sonrisa.

Poco después, el picaporte empezó a girar suavemente. Sin emitir sonido, la puerta se abrió solo unos milímetros. Algo que se había quedado trabado en el hueco del pestillo se salió y cayó al suelo, donde se retorció lentamente como un insecto moribundo: un boleto de tren de cartulina.

Las voces se filtraron por la rendija.

—¿... podría reconsiderarlo? —decía mi madre—. Ella ha estado aquí menos de una semana.

—¡Me da pavor pensar en lo que haría si le damos un mes! —exclamó la señora Fenchurch.

Mamá suspiró, y yo sabía que acababa de quitarse los lentes para limpiarlos. También sabía que estaba a punto de quedarse en silencio un buen rato y... sí, eso hizo, ocupó la conversación sin decir nada en realidad.

—Ella es... —Fenchurch estaba en apuros—. Es muy problemática.

—Es entusiasta.

—Es un pequeño demonio.



–Tiene *once*. Usted sabe de la enfermedad de Peter. Él depende de ella. Es fundamental que estén juntos.

–¿Sabe lo que ella hizo? –preguntó Fenchurch.

Una pausa, el ruido de una hoja de papel. Mamá estaba consultando su libreta.

–Sujetó a un niño contra el suelo y le insertó dos lombrices vivas en los orificios nasales, una de las cuales salió por su boca a través del seno inferior izquierdo. Según tengo entendido, no hubo daños permanentes.

–¡Pero el niño no ha dejado de llorar desde entonces!

–Me refería a que las lombrices están bien –dijo mamá con toda calma.

–Señora Blankman...

–*Doctora* Blankman –hasta yo temblé cuando mamá hizo la corrección–. Señora Fenchurch, usted sabe –se voltea otra página– que inmediatamente antes del incidente con los invertebrados, el niño en cuestión, Benjamin Rigby y sus amigos estaban tratando de intimidar a Peter para que les entregara su mochila.

Otro silencio. Del tipo en el que solo puedes retorcerte.

–Rigby dice que no tocó a Peter. Los testigos coinciden en que solo le dijo unas palabras, tan pocas que no justifican en absoluto la conducta de su hija. Ni siquiera lo que le dijo fue muy grave.

–Con mi hijo –mamá señaló con sequedad–, no hace falta mucho.

Me sonrojé. Volví a pensar en el patio de juegos, los tres niños, de repente tan altos y tan cerca. A pesar de que recién era mi quinto día en la escuela pude ver, o sea, realmente *ver* mi futuro. Como una visión de un dios vengativo, día tras día, año tras año. Podía sentir los magullones, oír sus risas y saborear la sangre de mi nariz incluso antes de que me pusieran un dedo encima. Se debe de haber notado en mi cara porque Rigby me preguntó:

–¿Qué te da tanto miedo?

Le habrá encantado encontrar un blanco tan fácil.

“No, no hace falta mucho”.



—... Anabel es muy vehemente —continuó mamá—. Es posible que su reacción haya sido excesiva, pero estoy segura de que alguien con su experiencia disciplinaria comprende el valor de dar una señal.

—¿Una señal? —Fenchurch sonaba perpleja.

—Peter es tímido, señora Fenchurch. Eso lo convierte en un blanco y, si puedo hablar con toda sinceridad, la escuela secundaria es un *zoológico*. Para poder sobrevivir, los demás niños deben saber que él tiene protección.

Desde la otra silla, Bella me guiñó el ojo y volvió a musitar “hermanito”. Yo le mostré el dedo del medio y ella sonrió.

—Disculpe, señora... doctora Blankman —Fenchurch había recuperado un poco la compostura—, pero tengo una obligación con los padres del niño.

Mamá la interrumpió.

—Yo ya he hablado con los Rigby.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pero... ¿cómo...?

—El señor Rigby trabaja con un excolega mío. Él me puso en contacto. Están dispuestos a dejar que yo me encargue de disciplinar a mi hija si yo los dejo disciplinar al suyo. Lo cual nos lleva a la siguiente pregunta: ¿usted está dispuesta a hacer lo mismo?

—Bueno... bueno... Supongo que sí... Si... —Fenchurch sonaba como si estuviera ahogándose, tratando de encontrar algo que la ayudara a seguir a flote en la conversación.

—Gracias. ¿Eso es todo, señora Fenchurch? Hay una neurona que requiere mi atención.

—¿Una neurona? —preguntó Fenchurch, como si la hubiera pillado desprevenida.

—Una célula cerebral —aclaró mamá, con un tono que insinuaba que dicha célula era más interesante, y quizás más inteligente, que la mujer con la que estaba hablando.



Cuatro segundos después, se abrió la puerta. Mamá se quedó parada en el vano, con un tacón negro ubicado bien adrede encima del boleto de Bella.

—Eh, ¿mamá?

—Dímelo en el auto, Peter.

X — + — O X X

El camino a casa fue silencioso. Toda palabra podría ser la chispa que haría estallar el fusible de mamá. Yo iba mirando por la ventanilla, apesadumbreado, cuando sentí algo áspero contra la palma de la mano. Era el boleto de tren. Tenía unas letras aparentemente escritas al azar con un bolígrafo azul.

Yo sonreí. Bel no era tan buena como yo con los códigos numéricos, así que habíamos estado enviándonos mensajes con el cifrado César. Este código es el más sencillo del mundo, perfecto para el emperador romano que tiene muchos secretos pero poco tiempo.

Para hacer un cifrado César, hay que escribir el abecedario, de la *a* a la *z*, y después elegir una frase secreta, como, no sé: “Ay, mierda, Bruto”, y escribirla debajo de las primeras letras del abecedario, quitando las letras repetidas. Después hay que escribir el resto del abecedario, en orden, de modo que te queda algo así:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
A	Y	M	I	E	R	D	B	U	T	O	C	F	G	H	J	K	L	N	Ñ	P	Q	S	V	W	X	Z

Después escribes el mensaje, reemplazando cada letra por la que está debajo y, *charán*, tu mensaje está a salvo de los ojos entrometidos de profesores, padres y fisgones.

Por desgracia, como solo es necesario adivinar la palabra clave, descifrar un código tan sencillo es incluso más fácil que provocarme un ataque de



nervios. Estudié las letras, probé con algunas combinaciones en mi mente y contuve la risa.

–Demonio –musité. Ella me sonrió. Como todo secreto compartido, era un abrazo, una forma de decir “aquí estoy”.

De pronto, mamá soltó un resoplido exasperado y detuvo el auto. Se me detuvo el corazón por un segundo al pensar que nos iba a pedir que bajáramos del auto y nunca más volviéramos a casa.

“Van a tener que irse a vivir con su padre”. Era su peor amenaza, el monstruo debajo de la cama.

“Si pueden encontrarlo”.

Pero esta vez suspiró.

–No vuelvas a hacer eso, Anabel.

–Yo solo...

–Sé lo que hacías. No lo hagas más. Es un riesgo muy grande. Esta vez tuvimos suerte, pero no todos los mocosos cabezas huecas de esa escuela van a tener un padre cuyo trabajo me sirva de incentivo.

–Sí, mamá.

–¿Y Bel?

–¿Sí, mamá?

Las comisuras de la boca de mamá se encorvaron.

–En caso de que haya una próxima vez, cosa que prohíbo expresamente, por supuesto, no uses lombrices. Son unas criaturas adorables y no lo merecen. Usa Coca-Cola: va a doler más.

–Sí, mamá –respondió Bel con tono solemne.

Mamá asintió con la cabeza y volvió a arrancar el auto.

Yo me apoyé en el respaldo, relajado, lleno de respeto. Algunas gotas de lluvia caían sobre la ventanilla. Vi pasar las calles mojadas y cubiertas de hojas.

Quería ser como mi mamá cuando fuera grande.



TodosPorCantor@mac.com: ¿4? C 4. ¿Cómo diablos llegaste a 4?

KurtGöde@gmail.com: Proximidad, duración, daño. Mamá me ayudó a salir, y todo terminó en menos de 20 mins. Hice las cuentas, fue un mísero 4.

TodosPorCantor@mac.com: *Suspiro* Siempre igual, Peter. Buen mozo y prometedor, pero ahí te quedas.

Me animo, y escribo:

KurtGöde@gmail.com: ¿Piensas que soy buen mozo y prometedor, Ingrid?

TodosPorCantor@mac.com: Solo cuando hablamos de cagadas, Peter.

Me río con un resoplido. Ingrid me entiende mejor que nadie, además de Bel. Nos hicimos amigos gracias a los pasatiempos que compartimos: *Star Wars*, burlarnos de los participantes de *realities* y quedarnos despiertos hasta tarde, leyendo enciclopedias médicas en Internet, investigando la tolerancia del cuerpo humano al calor, el frío, la sed y la velocidad para entender *precisamente* a qué podríamos sobrevivir y cómo. Porno fetiche para los que sufren de ansiedad.

Ingrid es la única persona que conozco que (a) le gustan tanto las matemáticas como a mí y (b) es tan nerviosa como yo, así que era obvio que en algún momento íbamos a encontrar una forma de cuantificar nuestro miedo.

Hete aquí la Cagada.

La Calificación Ajustable para Graduar Ataques Desprevenidos de Ansiedad (Cagada) se calcula de este modo:

$$C(\text{Cagadas}) = \text{Log}10(T) + \text{Log}10(D) - \text{Log}10(P)$$

Donde T es el tiempo que duró el episodio, D es el valor monetario o sentimental de las cosas o personas que destrozaste o prendiste fuego por accidente, y P es la proximidad de las personas que pueden ayudarte.



Nos hemos comprometido a que, si la Cagada algún día pasa a ser de uso generalizado en el ámbito científico, no vamos a permitir que le cambien el nombre. Mi apellido es Blankman, y el de Ingrid es Immar-Groenberg, así que podríamos haber optado por Big Cagada, pero pensamos que Cagada sola tenía más clase. Cuando tu propia locura personal te da un golpe a traición, la Cagada mide cuánto te cuesta levantarte de la lona. La basamos en la escala de Richter: temblor violento, réplicas, daños. Pienso en la devastación de la cocina: los ataques de pánico son tus propios terremotos privados.

KurtGöde@gmail.com: ¿Y el tuyo cómo fue?

Ella demora en responder.

TodosPorCantor@mac.com: Yo tuve un 6.

KurtGöde@gmail.com: ¡Mierda!

KurtGöde@gmail.com: ...

KurtGöde@gmail.com: ¿Estás bien?

TodosPorCantor@mac.com: Sí.

KurtGöde@gmail.com: ¿Qué pasó?

TodosPorCantor@mac.com: Me dio cuando salí de la escuela el viernes. De pronto no podía recordar si me había lavado las manos, así que volví a entrar para lavármelas.

KurtGöde@gmail.com: Ingrid...

TodosPorCantor@mac.com: Lo sé, pero a veces no podemos evitarlo, ¿no? Cuando papá me sacó a la rastra, ya me había lavado 23 veces.

KurtGöde@gmail.com: Dios... ¿Quieres que nos veamos?

TodosPorCantor@mac.com: No, está bien. Igualmente no puedes; tienes lo de tu mamá.

KurtGöde@gmail.com: Exacto. Todos ganan.



TodosPorCantor@mac.com: No digas eso. Va a estar genial. ¡Vamos, que es en el Museo de Historia Natural! ¿Cómo no va a ser increíble?!?!?!?!?!?

KurtGöde@gmail.com: Para que sepas, cuando venga la policía a preguntar quién está detrás del gran robo de los exclárrogativos, voy a mandártelos a ti.

TodosPorCantor@mac.com: Qué gracioso. Ve a hacer eso con tu familia, Peter. Yo voy a estar bien.

Dudo antes de escribir.

KurtGöde@gmail.com: Bien, pero envíame un texto si cambias de opinión. Voy a abrirme paso a los golpes con un fémur de diplodocus y correré a verte.

TodosPorCantor@mac.com: Casi que vale la pena tener otro 6 solo para ver eso. ¿Sé valiente, sí?

KurtGöde@gmail.com: Haré todo lo que pueda.

TodosPorCantor@mac.com: 23-17-11-54, Peter William Blankman. l x

KurtGöde@gmail.com: 23-17-11-54, Ingrid Immar-Groenberg. P x

Cierro la computadora. “*Ve a hacer eso con tu familia, Peter*”.
“*Tu*”.

Nunca he conocido a los padres de Ingrid y ella está decidida a que eso siga así. Dice que les cuesta creer que algo está roto si no pueden verlo en una radiografía.

—Podría ser peor —me digo a mí mismo entre dientes—. Me podría pasar como a Ingrid.

Estoy luchando con el nudo de mi corbata cuando entra Bel con un vestido negro (obviamente, ella piensa que las películas en blanco y negro tienen un color de más) y se sienta en la cama.



–Hola, imbécil –dice ella.

–Hola.

–Genial. Esperaba que me devolvieras el insulto, ahora me siento mal.

–Perdón, estoy distraído. Estoy tratando de no estrangularme.

Ella lanza un resoplido y se inclina hacia delante. El nudo se desarma mágicamente entre sus dedos.

–Tienes que tener uñas para eso. ¿Te sientes mejor?

–Sí.

–¿Me estás mintiendo?

–Siempre te das cuenta.

–Es algo de mellizos. No tienes que venir. Ella lo va a entender.

Es tentador, mentiría si dijera que no lo es, pero se me retuerce el estómago ante la idea de echarme para atrás. No, esto es lo que se hace. Tienes que apoyar a tu familia en los días importantes. Los aplaudes y vitoreas y ellos te ven hacer eso. Así es cómo se empieza a retribuir diecisiete años de sueño interrumpido y paciencia cada vez más desgastada.

Eso es lo que hacen las personas normales.

–Voy a ir.

–Bueno –dice ella, echándose otra vez sobre la almohada–. Igualmente, quédate tranquilo. Nadie te va a ver a ti. Si hasta el tío Peter podría hacer ese acto que hace en las fiestas de Navidad y tampoco nadie lo vería, así que deja de preocuparte.

El tío Peter es uno de esos tíos que en realidad no lo son. Su acto incluye un tutú rosado, una pata de pavo y una versión de “I Will Survive”. Es probable que yo comparta más ADN con alguna banana que con el tío Peter.

–Pase lo que pase, no vas a arruinarlo –dice Bel, con la cabeza apoyada sobre sus dedos entrelazados–. Confía en mí.

La miro, y el revoltijo de mi estómago se calma un poco. *Sí* confío en ella.

–Siempre confío en ti –respondo–. Eres mi axioma.



–Eres un niño raro.

–Acepto lo de raro. Pero basta con eso de que soy más pequeño. Solo me llevas ocho minutos.

–Era una carrera para llegar a la salida y gané. El margen de victoria es irrelevante.

Mamá nos llama desde la escalera.

Miro los pósteres de la pared en busca de apoyo. Me miran diez siglos de increíbles matemáticos: Cantor, Hilbert, Turing. *Té apoyamos con tendencia al infinito*, Peter, me dicen ellos. Estos matemáticos, qué les vamos a hacer. Contemplo el rostro triangular de Évariste Galois. *Té entiendo*, Peter, me dice él. *Yo me sentía igual antes de enfrentarme en ese duelo en el treinta y dos*.

Moriste en ese duelo, Évariste, pienso yo. *Té dispararon en el estómago y moriste después de gritar de agonía*.

Eso es cierto, responde. *Olvida lo que dije*.

La mano de Bel se encuentra con la mía.

–¿Estás listo? –me pregunta ella–. Son solo unas horas y yo estaré contigo todo el tiempo. Solo tienes que encontrar la manera de ser valiente mientras tanto.

Hay un cuaderno azul de tapa dura apoyado en la esquina del escritorio. Tiene las hojas encorvadas y pegadas entre sí. No lo he abierto en años, pero en una época...

Tengo que encontrar la manera de ser valiente.

–Vamos –digo yo.

